

á un cristiano en el artículo de la muerte todos los consuelos posibles, reanimar su fe, su esperanza, su valor y su paciencia: tal es el objeto de la *Extremunción*. Sirve á los párrocos de ocasión favorable para proporcionar á los pobres la asistencia y los auxilios temporales. No parece que estaban animados de estos sentimientos tan caritativos los que desvirtuaron del ritual este sacramento. V. *AGONIA*, *AGONIZANTE*.

Ezequiel. *El que ve á Dios.* Nombre de uno de los profetas mayores, hijo de *Bus*, de familia sacerdotal. Fué llevado cautivo á Babilonia por Nabucodonosor con el rey Jeconías, año del mundo 3403. Durante su cautividad le concedió Dios el don de profecía para consolar á sus hermanos; era de edad de treinta años, y continuó por otros veinte su ministerio.

Son muy oscuras sus profecías, singularmente al principio y al fin. Después de haber pintado su vocación, describe la toma de Jerusalen con todas las circunstancias horrosas que la acompañaron; el cautiverio de las diez tribus, el de la de Judá, y todos los rigores de la venganza que debía tomar el Señor contra su pueblo. Dios le reveló después los objetos mas consoladores, la vuelta del cautiverio, el restablecimiento de Jerusalen, del templo y de la república judaica, figura del reino del Mesias, de la vocación de los gentiles, y del establecimiento de la Iglesia.

Los incrédulos declaman contra muchas expresiones de este profeta. En los capítulos 16 y 23 describe la idolatría de Jerusalen y Samaria con la imagen de dos prostitutas, cuya lubricidad escandalosa está representada con tan vivas expresiones, que no puede tolerarlas la delicadeza de nuestras costumbres.

Deben observar los que fingen ensalzar tanto la indecencia del lenguaje de *Ezequiel*, que no se puede juzgar con prudencia de las

Fábulas del paganismo. Ha habido en nuestros dias incrédulos bastante temerarios para asegurar que los hechos sobre que

costumbres antiguas por las nuestras: en un pueblo de costumbres puras y sencillas el lenguaje es menos castigado que en los demás pueblos. Cuando hay poca comunicacion entre los dos sexos, los hombres hablan entre si con mas libertad. Los niños y las personas inocentes hablan de todo sin sonrojarse: no piensan que pueden sacarse malas consecuencias de sus expresiones. El deseo culpable de que se oigan sus obscenidades, es el que obliga á los impúdicos á servirse de expresiones equívocas para incomodar menos: así cuando mas depravadas son las costumbres, tanto mas medido y casto es el lenguaje en la apariencia. El de los hebreos, muy libre y sencillo, lejos de probar la corrupcion de sus costumbres, demuestra precisamente lo contrario. Con el tiempo se convencieron los judios de que los cuadros que traza *Ezequiel* podian ser peligrosos para la juventud, por cuyo motivo á nadie permitian leer este profeta hasta la edad de treinta años.

Los mismos críticos sostienen por pura malignidad, que en el c. 4 mandó Dios á *Ezequiel* que comiese los excrementos humanos. Es una impostura. Para presentar de una manera evidente la miseria á que se verian reducidos los hebreos durante su cautiverio en la Asiria, manda Dios al profeta que haga cocer pan bajo la ceniza de estiércol de animales, y anuncia que los judios se verán precisados á comer pan cocido de esta manera.

Bien sabido es que en muchas regiones del Oriente donde escasea la leña, los pobres se ven obligados á cocer su alimento con estiércol de animales despues de secado al sol, y que este modo de prepararlo le hace tener muy mal gusto. Para persuadir y comover á un pueblo tan duro é intratable como el de los judios, era preciso que los objetos saltasen á los ojos de puro claros: esto es lo que hace *Ezequiel*, y no por eso hay nada de indecente ni de increíble en su conducta.

F

está establecido el cristianismo, no están mejor probados ni son mas respetables que las *fabulas del paganismo*. Los paganos, di-

cen, tenían, lo mismo que nosotros, una tradicion inmemorial, historias y monumentos que atestiguan que los dioses habian vivido entre los hombres, y que habian obrado todas las acciones que les atribuian los poetas. Platon decia que sobre estos hechos era necesario referirse á los antiguos que habian pasado por hijos de los dioses y debian conocer á sus padres. Aunque su testimonio, añadia, no esté apoyado en ninguna razon evidente ni probable, no debemos sin embargo desecharlo; puesto que han hablado de ellos como de una cosa evidente y conocida, debemos en esto atenernos á las leyes que confirman su testimonio. Así razonan todavia los teólogos.

A la verdad muchas *fabulas* eran indecentes y escandalosas, atribuian á los dioses crímenes enormes; pero con el auxilio de las alegorías se llegaba á darles un sentido razonable: no nos vemos nosotros obligados á recurrir al mismo expediente, ora para explicar el modo como nuestras Escrituras nos hablan de Dios, ora para excusar la conducta de muchos personajes que estamos acostumbrados á mirar como santos? Cuando los Padres de la Iglesia objetaban á los paganos las humillaciones y los sufrimientos de sus dioses, no veian que se les podia volver el argumento contra ellos; ninguno de los dioses del paganismo ha sufrido tantas ignominias, ni un suplicio tan cruel como Jesucristo, al que sin embargo atribuimos la divinidad.

Es pues muy probable que el cristianismo no ha hecho progresos mas rápidos entre los paganos, sino porque han hallado en él poco mas ó menos el mismo número de *fabulas*, de misterios, de milagros, de ritos y ceremonias que en el paganismo.

El exámen de este paralelo podria llevarnos muy lejos, pero bastarán algunas reflexiones para demostrar lo absurdo que es.

4º En el dia está casi demostrado que los dioses del paganismo eran personajes imaginarios, genios y no hombres, que nunca han vivido en la tierra; el politeísmo y la idolatría han empezado por la adoracion de los astros, de los elementos, de los seres físicos que se han supuesto vivos y animados. Apolo es el sol, Diana la luna, Júpiter el señor del trueno, Juno la inteligencia que levanta las tempestades, Minerva la industria que ha inventado las artes, Marte el genio que inspira valor á los guerreros, Venus la inclinacion que conduce al hombre al deleite, etc. Esto se halla probado no solo por la Sagrada Escritura, sino por los autores profanos, por el tejido de las *fabulas*, por la contradiccion de las narraciones poéticas, etc. Véase POLITEÍSMO

é IDOLATRÍA. Es por lo tanto imposible que ninguna historia, ningun monumento, ninguna tradicion haya podido demostrar la existencia de estos dioses fantásticos. Los pretendidos *hijos de los dioses* son los primeros habitantes de un pais, cuyo primer origen no era conocido, y que por esto mismo se llamaban *hijos de la tierra*. ¿Hay las mismas pruebas para demostrar que los personajes, cuya historia nos hacen los libros santos, no son mas reales?

Concebimos que muchos PP. de la Iglesia hayan razonado contra los paganos en la suposicion contraria; supusieron que los dioses del paganismo habian sido hombres, porque así lo pretendian los mismos paganos, y porque esta era entonces la opinion dominante; pero aquellos PP. que examinaron las *fabulas* mas de cerca han visto claramente que no habian nada de esto, que los pretendidos dioses eran inteligencias ó espíritus hijos de la imaginacion del pueblo y de los poetas. Podríamos citar con este motivo á S. Clemente de Alejandria, Atenágoras, Tertuliano, etc.

2º Los griegos han distinguido constantemente los *tiempos fabulosos* de los tiempos históricos; estaban bien persuadidos de que la pretendida historia de sus dioses era falsa é inventada por los poetas; una prueba evidente es la contradiccion de estos últimos, no convienen de ningun modo entre si; han atribuido á sus personajes la geneología, el carácter, las aventuras que mas les han agradado; unos han colocado la escena en la Telesia, otros en la isla de Creta, muchos en el Egipto, algunos en el Oriente: se puede mostrar la misma oposicion entre los autores de la Historia santa?

Ninguno de los monumentos que se alegan entre los paganos, como los sepulcros, las estatuas, los templos, las fiestas, las ceremonias, no se remonta á la fecha de los sucesos para los que se quiere sirvan de demostracion; podemos convencernos de ello por la lectura de Pausanias. Las diferentes ciudades se disputaban la autenticidad de aquellos monumentos; cada una tenia su tradicion diferente de las demás, y reclamaba las mismas *fabulas*. Cuando citamos monumentos para apoyar los hechos de la Historia santa, demostramos que estos monumentos remontan á la época de los acontecimientos, y han sido establecidos á la vista de testigos oculares. Ninguno de los antiguos mitólogos ha tenido suficiente temeridad para asegurar que habia visto las maravillas que refiere; todos se fundan en una tradicion popular, cuyo origen es desconocido. V. HISTORIA SANTA.

3º Verdaderamente los autores sagrados han atribuido á Dios cualidades, acciones, afecciones humanas, como la vista, el oído, la palabra, el amor, el odio, la cólera, etc.; pero nos advierten por otro lado, y nos hacen comprender que Dios es un espíritu puro. Para dar una idea de las operaciones y atributos de Dios, es imposible hacerlo de otro modo, á menos de forjar un lenguaje nuevo que nadie entendería; no podemos comparar á Dios sino con las criaturas inteligentes. La necesidad de las metáforas ó alegorías proviene de los límites de nuestro entendimiento y de la imperfección del lenguaje: tan obligado se ve á ellas el filósofo mas instruido como el hombre mas ignorante. Hé aquí lo que Orígenes, S. Cirilo de Alejandria, Tertuliano y nuestros demás apologistas respondieron á los paganos y á los antiguos herejes que echaban en cara á los cristianos el estilo metafórico de nuestros libros santos.

Pero los escritos sagrados nunca han atribuido á Dios crímenes abominables, tales como las impudencias de Júpiter y de Venus, la crueldad de Marte, los robos de Mercurio, etc.; no se ha recurrido hasta muy tarde á la alegoría, sino para paliar su torpeza, y cada mitólogo las ha explicado de diverso modo; esto es un expediente inventado por los filósofos para responder á los PP. de la Iglesia, que demostraban lo absurdo de las *fabulas*, y hacían ver sus perniciosas consecuencias. Hasta entonces, lejos de creer que se podía desagradar á los dioses, imitando sus crímenes, se les había tenido como parte del culto religioso. Terencio, Ovidio, Juvenal convienen en este hecho esencial, y los PP. no han cesado de echárselo en cara á los paganos.

Si muchos personajes del antiguo Testamento cometieron crímenes, en esto pagaron el tributo á la humanidad, y la historia que los refiere no nos los propone por modelos; con frecuencia los vitupera sin consideración, y aun demuestra el castigo. Muchos no parecían criminales, sino porque no se atendía á las circunstancias, á las antiguas costumbres, al derecho de los particulares y de las naciones, tal como se hallaba establecido por entonces. Pero los pretendidos dioses, han debido hallarse nunca sujetos á las pasiones desagregadas y á los vicios de la humanidad? V. SANTOS.

4º Los padecimientos y las humillaciones de Jesucristo han sido voluntarios por su parte; las sufrió por rescatar á los hombres, para darles lecciones y ejemplos de lo que tenían muchísima necesidad; una prueba de-

mostrativa de su eficacia son las virtudes que Jesucristo ha hecho brotar entre los cristianos, de las que nunca nos ha presentado modelos el paganismos. Pero el tratamiento que Saturno había sufrido de parte de Júpiter por sus crueldades, la guerra que los titanes hicieron al mismo Júpiter para rebajar su orgullo, la ignominia con que se cubrieron Marte y Venus por su impudicia, etc., no eran voluntarios. No solo no se podía sacar de ellas ninguna lección útil para corregir las costumbres, sino que eran escenas las mas á propósito para corromperlas. Esto es lo que respondieron nuestros antiguos apologistas á Celso y á Juliano, cuando quisieron compararlos padecimientos de los dioses con los de Jesucristo.

3º Para persuadirnos de que los paganos han hallado alguna semejanza entre nuestra religión y la suya, sería necesario que olvidásemos el aborrecimiento que han jurado al cristianismo desde que principiaron á conocerlo; la sangre que han derramado durante trececientos años para destruirlo; las calumnias y las inyecciones que sus filósofos vomitaron contra él; los artificios que han empleado para hacerlo odioso. Despues de mil quinientos años es fácil á nuestros adversarios el forjar conjeturas y probabilidades; pero no llegarán nunca á conciliarlas con los monumentos de la historia. V. CRISTIANISMO.

Facultad de Teología. V. TEOLÓGIA.

* Falasnicrianos. V. FOERIENISMO.

* Falasnas. Colonia de los judios, que existe hace cerca de tres mil años en medio de la Abisinia. Parece que en la época de la conquista de la Judea y de las provincias cercanas por Nabucodonosor, un gran número de habitantes se refugiaron en Egipto y en Arabia, desde donde fueron á la Etiopia. Lo que hay de cierto en esto es, que desde el tiempo de Alejandro Magno estos judios se llamaron en el país *falagas* ó *desterrados*, y se han establecido en él sólidamente; hasta estos últimos tiempos han conservado su independencia, su lengua, su religion y sus instituciones nacionales. Tienen su biblia, y en sus sinagogas cantan los salmos en hebreo; lo que es muy notable es que el carácter de este hebreo es el *samaritano*, y que el *alfabeto amharico* que se usa solo en Etiopia no tiene relacion sino con el samaritano; de lo que resulta una prueba insigne en favor de las tradiciones *abisinias*, porque en la época en que este imperio (segun la *Crónica de Axum*) abrazó el judaismo, este era el carácter de que se servían los judios que no adoptaron el caldeo hasta despues de la cautividad.

Antes del descubrimiento de la Abisinia por los portugueses; antes que se supiese que una tribu judia habitaba este país hace cerca de tres mil años, no se concebía por qué un etiope venia á la solemnidad de la pascua á la ciudad de Jerusalem, y cómo podía conocer y leer la profecía de Isaías. Nada era de admirar que en esta época viniesen á Jerusalem judios de todos los reinos y de las extremidades del Oriente: habian quedado en todas estas regiones despues de las dos cautividades gran número de judios, y conforme á la ley del Deuteronomio, xvi, 2, venian todos los años una multitud á Jerusalem, para adorar á Dios en el templo que habia elegido; pero ningun monumento indicaba que debiesen venir de la Etiopia. Nada mas sencillo en el dia. El encuentro del apóstol S. Felipe con el eunuco de la reina de Candace es tanto mas cierto cuanto que se refiere en la *Crónica de Axum* con las mismas circunstancias y muchos mas pormenores todavia que en las *Actas de los Apóstoles*.

Familistas. Secta de fanáticos que tuvo por autor en 1555 á un tal Enrique Nicolás, discípulo y compañero de David Jorge, jefe de la secta de los *dauidicos*. Véase esta palabra. Nicolás halló sectarios en Holanda é Inglaterra, y los llamó la *familia de amor* ó de caridad. Decía que era enviado de Dios, para enseñar á los hombres que la esencia de la religion consiste en estar prendado del amor divino; que cualquiera otra doctrina relativa á la fe y al culto es de muy poca importancia; que es indiferente que los cristianos piensen en Dios todo lo que quieran, con tal que su corazón esté inflamado del fuego sagrado de la piedad y del amor.

Se le acusa de haber hablado con muy poco respeto de Moisés, de los profetas, del mismo Jesucristo; de haber pretendido que el culto que predicaron es incapaz de conducir á los hombres á la felicidad eterna; que este privilegio estaba reservado á su doctrina. Todos estos errores son efectivamente consecuencias bastante claras del principio que establecía; no es admirable que, en medio del libertinaje de creencia introducida por la pretendida reforma de los protestantes, haya hecho prosélitos. Jorge Fox, fundador de la secta de los cuáqueros, se levantó fuertemente contra esta pretendida *familia de amor*; la llamaba una secta de fanáticos, porque jugaban, bailaban, cantaban y se divertían: este es un fanático que combate á otros. Moshem, *Hist. ecles.*, siglo XVI, sección 3, 2ª parte, c. 3, § 23.

Fanatismo. Al principio se llamaron

fanáticos los pretendidos adivinos que se creían inspirados por los dioses para descubrir las cosas ocultas, y predecir el porvenir, y los que se tenían por tales. Es probable que se les diese este nombre, porque hacían ordinariamente sus oráculos en los templos de los dioses, llamados *fana*. En la actualidad se entiende por *fanático* un hombre que se cree inspirado de Dios en todo lo que hace por celo de religion, y por *fanatismo*, el celo ciego por la religion, ó una pasión capaz de hacerle cometer crímenes por causa de religion.

Este es el espantajo de que se valen los incredúlos para atemorizar á todos los que se hallan dispuestos á creer en Dios. Segun su parecer, es imposible tener una religion sin ser fanático, y el *fanatismo* ha sido la fuente de todas las desgracias del universo. No se nos debe culpar si nos vemos precisados á hacer un artículo muy extenso para refutar los sofismas, las imposturas y las calumnias que han acumulado y repetido en todas sus obras sobre los efectos, las causas y los remedios del *fanatismo*.

1. Dicen que el *fanatismo* es el efecto de una conciencia falsa que abusa de la religion y la sujeta al desarreglo de las pasiones. Sea así. Mas por esta definición es evidente que las *pasiones* son las que producen la conciencia falsa, los abusos de religion, el *fanatismo* y los males que causa. Ya es un rasgo de malignidad y de mala fe el confundir la religion con los abusos que se hacen de ella, el atribuir á la religion los efectos de las pasiones, y llamar *fanatismo* á toda clase de celo por la religion. Hé aquí en nuestros mismos adversarios una conciencia falsa que abusa de la filosofia, y la sujeta al desórden de las pasiones; el *fanatismo* filosófico es el que quiere curar al mismo enfermedad que trata de curar de la misma enfermedad que trata de curar no puede inspirar mucha confianza. No nos será muy difícil demostrar que las pasiones son las mismas, y producen los mismos efectos en los que tienen una religion, que en los que no tienen ninguna.

El orgullo es sin duda el que persuade á un genio acalorado que entiende mejor que los demás los dogmas y la moral de la religion, el que le inspira odio contra los que le contradicen, el que le hace creer que sus furiosos excesos son un servicio esencial que hace á la religion, que trabaja por ella, mientras que no trata mas que de darse gusto á si mismo. Y tambien es el orgullo el que persuade á un incredúlo que entiende, comprende mejor que nadie los verdaderos intereses de la humani-

dad, el que le inspira un ciego aborrecimiento contra todos los que predicán y sostienen la religión, el que hace creer que trabajando para destruirla presta el mayor servicio al género humano, y que él se consagra al bien público, mientras que no trata mas que de satisfacer su vanidad y disfrutar de su independencia.

La ambición de dominar y de mandar dice al espíritu de un partido ó de una secta que la religión es un peligro, si progresa el bando contrario; pinta con los mas negros colores los designios, las intrigas de que este partido se vale para adquirir prosélitos; un fanático no deja de exclamar que todo se pierde, si no consigue destruir este partido; que todos los medios para alcanzarlo son buenos y legítimos. Pero ¿no hemos visto á la ambición de los incrédulos aparecer con los mismos síntomas, anunciar los mismos proyectos de destrucción, emplear sin escrúpulo la mentira, los engaños, la calumnia, los libelos infamatorios, el favor de los grandes, etc., para destruir si hubieran podido al clero y á los teólogos?

Se dice que el interés personal de algunos impostores es el que ha hecho hacer la superstición y las falsas religiones en la tierra. Nada de esto es cierto. En el artículo *Superstición* demostraremos que es el interés mal entendido de los hombres groseros é ignorantes. Mas supongamos por un momento lo que quieren nuestros adversarios. Cuando cierto número de filósofos impostores ponen todo su interés en ser solos oídos, y solos tener el derecho de enseñar á las naciones, ¿el ateísmo que producirán, causará menos males que las falsas religiones? Al menos estas oponen un freno á las pasiones, el ateísmo les da rienda suelta. ¿Unos reyes conquistadores y despotas ateos serían mejor que los que tienen religión? Dios nos libre de hacer semejante prueba.

El interés político enseña á los jefes de las naciones que los enemigos de la religión dominante no perdonan á los que la protegen, que los sectarios son enemigos del Estado. Y en efecto lo son desde que quieren emplear la violencia para establecerse. También hay necesidad de recurrir á la violencia para reprimirlas. Mas porque estos sectarios sean fanáticos, no se deduce que el gobierno que los reprime lo sea también; porque haya habido persecuciones injustas, no se sigue que todas lo sean.

Nos falta saber de qué excesos no sería capaz un gobierno imbuido en las máximas establecidas por nuestros mas famosos incrédulos, que toda religión es una calamidad pú-

blica; que para hacer felices y sabios á los pueblos, es necesario desterrar del universo el conocimiento funesto de un Dios. Como desde la creación no ha caído ningún gobierno en semejante acceso de demencia, es preciso esperar que ninguno caerá jamás.

Hay *fanatismo político*, *fanatismo literario*, *fanatismo guerrero*, *fanatismo filosófico*, lo mismo que *fanatismo religioso*. En el momento que se exaltan las pasiones, las sigue el frenesí. ¿Qué resulta de esto contra una religión que condena, que reprueba y que tiende á reprimir todas las pasiones?

Nuestros infieles pintores del *fanatismo* dicen que el terror levantó los primeros templos del paganismo. Este es un error. Nosotros sostenemos que es el sórdido interés; el hombre ha querido tener un Dios particular encargado de satisfacer cada una de sus necesidades, y atento á llenar cada uno de sus deseos. Antes de erigirse templos, los pueblos habían adorado al sol y á la luna; ¿qué terror podían inspirarles estos dos astros?

Prenden que el ejemplo de Abraham autorizó los sacrificios de sangre humana. ¡Invento de la imaginación! La historia de Abraham no se ha escrito antes de Moisés, y ya los cananeos inmataban los niños. Los niños, los escitas, los peruanos que han sacrificado hombres, ¿conocían á Abraham? Este patriarca no inmoló á su hijo, Dios, que se lo había mandado para probar su obediencia, estaba determinado á impedirlo. El frenesí de los sacrificios de víctimas humanas nació al principio de los furrores de la venganza; el hombre vengativo se persuadió que sus enemigos lo eran también de su Dios.

Estos mismos censores miran como un rasgo de *fanatismo* el rescate de los primogénitos de los judíos, y el uso que ha subsistido en el Occidente de ofrecer sus hijos al celibato monástico. Doble equivocación. El rescate de los primogénitos atestiguaba que Dios había conservado por milagro en Egipto los primogénitos de los hebreos, cuando perecieron los de los egipcios. Esta ceremonia recordaba á los judíos que aquellos niños eran un don de Dios, un depósito confiado á sus padres, que no les era permitido venderlos, exponerlos, matarlos, ni inmolarlos á las falsas divinidades, como hacían las naciones idólatras, ¿dónde está el *fanatismo*? Quizá se nos persuadirá que lo es el bautizar á los niños para consagrarlos á Dios.

En tiempos de anarquía, de pillaje y de desorden universal en todo el Occidente, los PP. consideraban la vida del claustro como la

mas pura, la mas dulce y la mas feliz que había entonces. Podían ofrecer sus hijos á ella por ternura, pero nunca se ha obligado á los hijos á cumplir el voto de sus padres. También en el día los padres cargados de familia, poco favorecidos por la fortuna, abrumados de inquietudes y de necesidades, se felicitan cuando uno de sus hijos entra en el clero ó en el claustro. ¿Se equivocan? Prométense que será mas feliz que ellos.

Se dice que el *fanatismo* ha consagrado la guerra. Esta máxima demasiado general es falsa. Que un pueblo injusto, ambicioso y usurpador haya querido interesar á la Divinidad en sus rapiñas, hé aquí el *fanatismo*. Pero que un pueblo pacífico, acometido impunemente, haya suplicado á Dios que lo defiendiera, y proteja contra la violencia de sus agravesores, es un sentimiento religioso muy razonable.

Se añade que durante las persecuciones del cristianismo, se vió reinar el *fanatismo* del martirio. ¡Calumnia! El número de los que por sí mismos se ofrecieron á él fué muy limitado. La Iglesia no aprobó aquel celo excesivo, porque Jesucristo ha dicho: «Cuando os persigan en una ciudad, huid á otra.» *Mat.*, x, 23. El designio de los que iban á presentarse como cristianos no era el de sufrir y perder la vida, sino el de convencer á los perseguidores de la inutilidad de su furor; querían no provocarlo, sino apaciguarlo, y algunos lo consiguieron. Su caridad era tan pura como la de los ciudadanos que se han entregado á la muerte por salvar á su patria. Pero aun no se los aprobó. Véase la *Carta de la Iglesia de Esmirna con motivo del martirio de S. Policarpo*, n. 4; S. Clemente Alejandro, *Strom.*, l. 4, c. 4 y 10; el concilio de Elvira del año 300, cán. 9.

Según nuestros sabios disertadores, el *fanatismo* es el que ha atribuido á las primeras sectas heréticas los afrentosos desórdenes de que los paganos acusaban á los cristianos. Sabemos que estos herejes eran paganos mal convertidos; ¿es cierto que ninguna de estas sectas ha tratado de introducir en el cristianismo las abominaciones á que estaban acostumbradas en el paganismo? En los últimos siglos, los begardos, los condormientes, los dulcinistas, los libres ó libertinos, los discípulos de Molinos, etc. han querido renovar los mismos desórdenes y justificarlos; ¿es también el *fanatismo* el que les ha inspirado esta impudencia?

Por reflexiones profundas descubrieron que Mahoma fué primero fanático y después im-

postor. Esto es imposible. Mahoma no pudo empezar por creerse inspirado, mas bien hubiera concebido esta idea después de admirarse de sus propios progresos, y por aquí hubiera concluido. Su primer motivo fué la ambición de procurar á su familia la autoridad civil y religiosa sobre las demás tribus árabes, pretensión apoyada en una posesión antigua, según dicen sus mismos panegiristas. Para sostenerla, empleó la impostura y sus pretendidas revelaciones, y después las armas cuando fué bastante fuerte. En esto no hay nada sorprendente.

Si estaba despoblada la Europa, mas habrían contribuido á ello las guerras que se han sucedido hace mas de doscientos años que el *fanatismo*; pero ¿dónde apendieron nuestros filósofos que la Europa está despoblada?

Dicen que durante diez siglos se han hallado divididos dos imperios por sola un palabra. Sin duda quieren hablar de la palabra *consuetudinal*; pero era necesario decidir por esta palabra si Jesucristo es ó no Dios, si el culto supremo que le tributamos es legítimo ó supersticioso, por consiguiente si el cristianismo es una religión verdadera ó falsa. También hace mas de un siglo que disputan nuestros filósofos, para saber si se debe ser deísta ó ateo, y cual es mejor, y no hay probabilidad de que consigan tan pronto convenirse.

Aseguran que los pueblos del Norte fueron convertidos por la fuerza. Aun cuando esto fuese cierto, todavía deberíamos felicitarnos de aquella dichosa violencia que ha librado á la Europa entera de sus incursiones, y que á ellos mismos los ha sacado de la barbarie. Pero es falso el hecho: probaremos lo contrario en el artículo *Misiones*.

Es también falso que se hayan establecido las órdenes militares para convertir á los infieles á sablazos; lo han sido para rechazar á los infieles que atacan al cristianismo con la fuerza; se han visto obligados á defenderlo con la misma.

Sus adversarios se disfrazan con una oscura palabrería para decirnos, que la revelación ha sido mas funesta al género humano que las inclinaciones naturales del hombre. Pero hemos demostrado que las inclinaciones naturales del hombre, exaltadas y llegadas al grado de *pasiones*, son las que han causado todos los abusos que se han hecho de la revelación. ¿Se atreverán á sostener que estas inclinaciones no han producido mas mal en las naciones infieles que en los pueblos ilustrados por la revelación? Es necesario estar demente para querer persuadirnos que tene-

mos que estar pesarosos de no ser paganos, mahometanos ó salvajes.

Han repetido cien veces que la persecucion aumenta el número de partidarios de la secta perseguida, y favorece sus progresos. Probaremos la falsedad de esta máxima en el artículo PERSECUCIONES.

Han soñado que el *fanatismo* es el que ha hecho esclavos para los papas. Mientras explican lo que entienden por *esclavos*, respondemos que en el estado de desórdenes y de barbarie en que ha estado sumergida la Europa durante muchos siglos, ha sido necesario que la autoridad pontificia fuese muy extensa, y un freno para los principes y los grandes; que no tenían ni costumbres ni principios; que este inconveniente pasajero ha evitado mas males que ha causado. Pero nuestros adversarios, obcecados por el *fanatismo* antiteligioso, no tienen consideracion á los tiempos, ni á las costumbres, ni á las circunstancias en que se han hallado las naciones.

Segun su juicio, el mayor de todos los abusos es castigar á muerte á los herejes. Cuando son pacíficos, sometidos al gobierno y no tratan de seducir á nadie, concedido. Cuando son turbulentos y sediciosos, sostenemos que es justo reprimirlos con penas afflictivas. Se calumnia cuando se sostiene que sus sediciones provienen siempre de que se han violado los juramentos que se les habia prometido. No se habian prometido juramentos á los albigenses, á los valdenses y á los protestantes, cuando se insurreccionaron y tomaron las armas.

II. Filósofos que racionan tan mal sobre los efectos del *fanatismo*, ¿serán mas diestros para descubrir sus causas? Estas, dicen, son la oscuridad de los dogmas, la atrocidad de la moral, la confusion de los deberes, el uso de las penas infamantes, la intolerancia y la persecucion.

Ya hemos demostrado que las verdaderas causas del *fanatismo* son las pasiones humanas, y que no hay ninguna otra; no importa, es necesario seguir las visiones de nuestros adversarios hasta el fin.

Como ha habido fanáticos en el mismo cristianismo, es preciso que su sufermadad haya provenido de la oscuridad de los dogmas, de la atrocidad de la moral evangélica, de que el Evangelio ha confundido los deberes, etc. Sin embargo, estos censores han confesado en momentos de calma que es necesario no ochar sobre la religion los abusos que provienen de la ignorancia de los hombres; que el cristianismo es la mejor escuela de la hu-

manidad; que manda amar á todos los hombres, sin exceptuar aun á los enemigos. ¿Son estos los dogmas oscuros, la moral atroz, la confusion de los deberes que engendra el *fanatismo*?

Para difamar con razon al cristianismo, despues de una confesion tan terminante, es necesario saber cuál es el sistema de creencia ó de incredulidad que no contenga dogmas oscuros. Nos hallamos en estado de probar que el deísmo, el ateísmo y el materialismo contienen mas oscuridad, mas misterios y cosas incomprendibles que el símbolo de nuestra fe. ¿Dónde nos refugiaremos para no hallar principios de *fanatismo*?

Sería necesario demostrar en qué es atroz la moral cristiana, qué deberes ha confundido, por qué no es lícito imponer penas infamantes á los apóstatas, y afflictivas á los sediciosos. Sería necesario demostrar que los herejes no han sido fanáticos antes de ser perseguidos.

Lutero no habia sido atormentado cuando encendió el fuego en toda la Alemania; no lo eran los anabaptistas cuando practicaban las máximas de Lutero; no los zwinglianos no lo eran en Suiza, cuando pasaron á cuchillo á los caldicos; á nadie se habia perseguido en Francia cuando los anisarios de Lutero y de Calvino vinieron á destruir las imágenes, á fijar pasquines sediciosos á las puertas del Louvre, y predicar contra el papa y contra la misa en las plazas públicas, etc. Estos mismos excesos fueron los que trajeron los edictos dados contra ellos. No llegaron á ser fanáticos porque se los perseguia, sino que se los persiguió porque eran fanáticos.

Nuestros profundos meditativos observan que las leyes de la mayor parte de los legisladores no se hicieron sino para una *sociedad escogida*; que estas leyes extendidas por el fervor á todo un pueblo, y trasportadas por la ambicion de un clima á otro, debian cambiar y acomodarse á las circunstancias de los lugares y personas.

Como no se halle exceptuado el legislador de los cristianos, debemos deducir que Jesucristo no habia hecho al principio sus leyes sino para una *sociedad escogida*; que tuvo miras muy limitadas, cuando dijo á sus apóstoles: *Predicad el Evangelio á todas las naciones*; que por un celo ambicioso los apóstoles han trasportado el Evangelio de un clima á otro. Tal es el parecer de nuestros juiciosos adversarios. Se deduce tambien que los emperadores romanos y demás soberanos han sido malísimos políticos, cuando creyeron que el cristianismo convenia á sus

súbditos en todos los lugares y tiempos.

Antiguamente se creia que las costumbres, los usos, las ocupaciones de las naciones debian plegarse bajo la ley de Dios y conformarse con ella. Es todo lo contrario segun nuestros sabios políticos; la ley divina debe cambiar segun los tiempos, acomodarse á las costumbres, á los usos y á las ideas de los pueblos, segun las circunstancias; bien entendido que los filósofos incrédulos son los que presidirán á esta sabia reforma.

Verdaderamente que no convienen todavía en saber lo que quitarán ó conservarán del Evangelio; pero sin duda que convendrán cuando hayan recibido plenos poderes para empezar la obra. Ya nos dan el compendio de la moral de los paganos para que nos sirva en adelante de catecismo; seguramente que esta moral será mejor que la de Jesucristo, tendrá una eficacia muy diferente en boca de un pagano, ó de un ateo, que en la del Hijo de Dios.

Nuestros sublimes reformadores no hacen palpar el inconveniente que hay en que éntre el cristianismo en los principios de gobierno. «Entonces, dicen, el celo cuando es mal entendido puede algunas veces dividir á los ciudadanos con guerras intestinas. La oposicion que hay entre las costumbres de la nacion y los dogmas de la religion, entre ciertos usos del mundo y las prácticas del culto, entre las leyes civiles y los preceptos, fomenta este germen de discordia. Debe suceder entonces que un pueblo, no pudiendo conciliar el deber de ciudadano con el de creyente, alicie alternativamente la autoridad del príncipe y la de la Iglesia....., hasta que sublevado por sus sacerdotes contra sus magistrados toma la espada por defender la gloria de Dios.»

Quisieramos saber cuándo nuestras leyes civiles se han opuesto á los preceptos divinos, y cuándo el pueblo sublevado por los sacerdotes ha tomado las armas contra sus magistrados. Si esto no ha sucedido todavía hace mas de mil ochocientos años que está establecido el cristianismo, es de presumir que nunca sucederá. Cuando el pueblo ha sido sublevado contra los magistrados, no era excitado por los sacerdotes, sino por innovadores de un carácter semejante al de los incrédulos del día.

III. Pero aprendamos á conocer los remedios que han hallado contra el *fanatismo*.

El primero es hacer al monarca independiente de todo poder eclesiástico, y despojar al clero de toda autoridad. Esta sublime política se ha seguido en Inglaterra, y desde

esta época nunca ha sido allí mas general el *fanatismo*; aun no hemos olvidado los torrentes de sangre que ha hecho derramar. No hay ningun pueblo en el mundo que se halle mas dispuesto á sublevarse contra sus magistrados por causa de religion. Hemos visto un ejemplo de esto con motivo de la abolicion de un juramento; y sin la guerra que se habia encendido entonces, este fuego bien hubiera podido causar un incendio.

El segundo es alimentar el espíritu filosófico, este *gran pacificador de los Estados*, que siempre ha hecho tantos bienes á la humanidad, que ha hecho tan felices á los pueblos en que ha reinado. Sin embargo, la historia nos enseña que este espíritu, despues de haber producido la irreligion entre los griegos y los romanos, sofocó en ellos el patriotismo y las virtudes civiles, preparó anticipadamente la ruina de estas repúblicas, abrió la puerta al despotismo de los emperadores, y desató todos los vínculos de la sociedad. Mas esta es una desgracia que debemos olvidar en honor del espíritu filosófico. Indudablemente no debemos temerlo entre nosotros, porque nuestros filósofos tienen mas talento, mas sensatez y sabiduria que los que brillaron en Grecia y Roma.

El tercer remedio es no castigar á los incrédulos. Esto es consiguiente: hemos debido prevenir que velando por los intereses del género humano, estos profundos políticos no olvidarian los suyos, y al menos pretenderian la impunidad; tambien es un rasgo de modestia por su parte el no exigir recompensas. Mas añaden una restriccion lamentable. «Castigad, dicen, á los libertinos que no sacuden el yugo de la religion, sino porque se han rebelado contra toda clase de dependencia, que atacan las costumbres y las leyes en secreto y en público... Pero compadecedlos de los que no sienten mas que el no estar persuadidos.» Y ¿cómo los distinguiremos? Entre nuestros incrédulos mas célebres, ¿hay alguno que nunca haya atacado las costumbres, ni las leyes tanto en secreto como en público? Obras tan exaltadas como las suyas no son á propósito para convencernos de que, insultando la religion, sienten el no estar persuadidos. La ira, el odio, las imposturas, las calumnias, la terquedad en repetir los mismos clamores, el rehuser obstinadamente oír las razones que se les oponen, demuestran que lejos de desear la fe, la temen y se felicitan de su incredulidad.

El cuarto es no castigar á los *fanáticos* sino por el desprecio y el ridiculo. En cuanto á esto, convenimos con ellos; pensamos que

el ridículo y el desprecio con que empiezan a llenarse los filósofos incrédulos es el remedio más eficaz para curar su *fanatismo* antireligioso; que bien pronto se verán precisados a avergonzarse de sus excesos y de la indecencia de sus escritos. Aun cuando no hubiesen hecho otra cosa que con sus diatribas contra el *fanatismo*, estas serían suficientes para marcarlos con un ridículo indeleble.

Quis tolerit Græcos de seditione querentes?

Dicen que el *fanatismo* ha hecho mucho más daño en el mundo que la impiedad. Aun cuando esto fuese cierto, no se deduciría nada. Los incrédulos impíos, casi siempre aborrecidos, raras veces han tenido bastante crédito y fuerza para trastornar los Estados; pero esto no es falta de voluntad. Las invectivas que la mayor parte han vomitado contra los soberanos, contra las leyes y los magistrados, demuestran que no han sido estos los que han hecho el que nazca en una nación muy pacífica la sedición y la rebelión.

Por otro lado es falso el hecho que aventuran. «Si el ateísmo, dice un autor muy conocido (Rousseau), no derrama la sangre de los hombres, es menos por amor de la paz, que por indiferencia del bien; como que todo pasa, poco importa al pretendido sabio, con tal que esté descansado en su gabinete. Sus principios no matan á los hombres, pero los impiden nacer, destruyendo las costumbres que los multiplican, despreciando los de su especie, reduciendo todas sus afecciones á un secreto egoísmo tan funesto á la población como á la virtud. La indiferencia filosófica se asemeja á la tranquilidad del Estado en el despotismo; es la tranquilidad de la muerte: es más destructora que la misma guerra.» Véase ATEÍSMO.

El mal es todavía mayor cuando los pretendidos filósofos unen á la incredulidad absoluta el *fanatismo* más caracterizado, predicen el suicidio, autorizan á los hijos á rebelarse contra sus padres, atacan la santidad del matrimonio, vituperan la compasión para con los pobres; quieren destruirlo todo bajo el pretexto de reformarlo; si fuesen los señores, volverían al género humano al momento del diluvio universal.

En los artículos TOLERANCIA, INTOLERANCIA, GUERRAS DE RELIGION, etc., veremos obligados á responder de nuevo á sus clamores y falsos razonamientos.

Fantasmista. V. INCORRUPIBLES, INCORRUPCIÓN.

* **Fareinistas.** Nombre de una secta jansenista formada en Fareins por los sacerdotes

Bonjour y Furlay, cuyos pretendidos milagros fanatizaron á sus partidarios. En consecuencia de una información hecha por orden de M. de Montazet, arzobispo de Lyon, se les desterró de Fareins. El cura Bonjour volvió á Paris en 1789 á su parroquia, que le fué preciso abandonar de nuevo. Profesaba una doctrina subversiva de la religión y de la moral; de sus peroratas resultaba la insubordinación de las mujeres á sus maridos; atacaba aun el derecho de propiedad, diciendo que *Adán no había hecho testamento*; se le acusaba de reuniones prolongadas hasta por la noche, las extravagancias escandalosas de algunos poseídos, la crucifixión de una joven, etc. De vuelta á Paris, Bonjour tuvo correspondencia seguida con sus discípulos que formaban casi la cuarta parte de los habitantes de Fareins, hasta que el gobierno de Bonaparte desterró á los dos hermanos á Suiza. V. CONVULSIONARIOS y FALANISTAS.

Fariseos. Secta de los judíos, la más numerosa y apreciada cuando Jesucristo vino al mundo: no solo los doctores de la ley, que se llamaban *escribas* y todos los que pasaban por sabios, sino la masa del pueblo seguía los consejos de los *fariseos*. Se diferenciaban de los samaritanos en que recibían, no solo la ley de Moisés, sino también los profetas, los hagiógrafos y las tradiciones de los antiguos. Por otro lado se oponían á los saduceos, porque creían la vida futura y la resurrección de los muertos, la predestinación y el libre albedrío.

Se dice en la Escritura, *Act.*, xxiii, 8, que los saduceos aseguran que no hay resurrección, ni ángeles, ni espíritus; pero que los *fariseos* creen ambas cosas. A la verdad, según Josefo, no era más que el paso de un alma á otro cuerpo; añade que creían la predestinación absoluta, lo mismo que los esenios, que admitían sin embargo el libre albedrío del hombre, como los saduceos. ¿Cómo conciliaban estas dos opiniones juntas? Esto es lo que no podemos explicar.

Otra singularidad por su parte, según el mismo historiador, era el enseñar por un lado que las almas de los malos eran castigadas eternamente en el infierno, y por otro que solo las de los justos podrían volver á la vida y animar otros cuerpos. Hubiera sido más natural el creer la eternidad de la recompensa de los buenos, que la del castigo de los malos.

Sea de esto lo que quiera, el carácter distintivo de los *fariseos* era su apego á las tradiciones de los antiguos; pretendían que estas tradiciones habían sido dadas á Moisés en el

monte Sinai al mismo tiempo que la letra de la ley; así les atribuían la misma autoridad que á la ley escrita. Esto es á lo que los judíos llaman todavía en la actualidad la *ley oral*. Véase esta palabra.

En virtud de la observancia rígida de la ley, así explicada y muchas veces desfigurada con sus tradiciones, los *fariseos* se creían mucho más santos y perfectos que los demás judíos; los consideraban como pecadores y profanos; se separaban y no querían beber ni comer con ellos. De esto les vino el nombre de *fariseos*, de la palabra *pharas*, que en hebreo significa *separar*. Esta afectación hipócrita de una santidad superior á los demás imponía al pueblo, y le inspiraba veneración.

Nuestro Señor les echó en cara muchas veces esta hipocresía; les acusa de destruir la ley de Dios con sus tradiciones: en efecto, vemos en el Evangelio que pervertían el sentido de muchos preceptos por las falsas explicaciones que hacían de ellos. Después los doctores judíos recogieron el frágido de las tradiciones farisáicas; han hecho una enorme compilación de ellas en doce vol. en folio, que han nombrado el *Talmud*. Véase esta palabra. La mayor parte son impertinentes y ridiculas, y todas muy pesadas. Esto no ha impedido que la secta de los *fariseos*, que hoy se llama de *rabinistas*, ó *rabbinistas*, haya absorbido todas las demás. Hace muchos siglos que no se le han opuesto más que un penquísimo número de *caraitas* ó judíos ateniados solamente á la letra de la ley; todo lo demás de esta nación está servilmente sometida á la doctrina del *Talmud*, y tiene más respeto á este libro que al texto mismo de Moisés. V. TALMUD.

Los *fariseos* eran de los que no querían á un extranjero por rey. Por esto propusieron malignamente á nuestro Salvador la cuestión de si estaba ó no permitido el pagar el tributo al César; aunque como los demás se viesan obligados á pagarlo, siempre pretendían que la ley de Dios lo prohibía. Cuando tuvieron poder, persiguieron excesivamente á los que no eran de su partido; pero por último su tiranía, que había empezado después de la muerte de Alejandro Janeo, acabó con el reinado de Aristóbulo. Pridcaux, *Hist. de los judíos*, t. 13, § 4; *Disert. sobre las sectas de los judíos*, *Biblia de Aviñon*, t. 13, p. 218.

Mosheim, en su *Historia cristiana*, pretendió que Josefo dijo con respecto á la doctrina de los *fariseos* muchas cosas que no convienen con lo que se refiere en el nuevo Testamento; pero el doctor Lardner ha probado lo contrario; ha demostrado que la narración

de los evangelistas está muy conforme con la de Josefo. *Credibility of the Gospel history*, t. 1º, c. 4, § 1.

Fase. V. PASCEA.

Fatalismo. Fatalidad. El fatalismo consiste en sostener que todo es necesario, que nada puede suceder de diferente modo del que sucede; en consecuencia que el hombre no es libre en sus acciones, que el sentimiento interior que nos atestigua nuestra libertad es falso y engañador. A los filósofos toca el refutar este absurdo; pero es tan diametralmente opuesto á la religión, y se ha defendido en nuestros días con tanta tenacidad, que no podemos dispensarnos de hacer con este motivo algunas reflexiones.

1º Los defensores de la fatalidad no tienen ninguna prueba positiva para establecerla; no argumentan más que sobre equívocos, sobre el abuso de las palabras *causa*, *motivo*, *necesidad*, *libertad*; sobre una falsa comparación que hacen del ser inteligente y activo, con los seres materiales y puramente pasivos. Estos son sofismas que el más pequeño lógico es capaz de ver su ilusión, y que no tienen más que á establecer un materialismo grosero.

2º Basta tener la idea de un Dios para comprender que en la hipótesis de la fatalidad no puede haber Providencia; el hombre conducido como una máquina, ó al menos como un bruto, no es capaz de bien, ni de mal moral, de vicio ni virtud, de castigo ni recompensa. Muchos fatalistas han tenido bastante buena fe para convenir en que un Dios justo no puede recompensar ni castigar las acciones necesarias. En esto han sido más sensatos que los teólogos (jansenistas) que han defendido que, para merecer ó desmerecer, no es necesario hallarse libre de necesidad, sino solo de coacción.

3º En esto la revelación confirma las nociones del buen sentido. Nos dice que Dios ha hecho al hombre á su imagen; ¿dónde estaría la semejanza, si el hombre no fuese dueño de sus acciones? Nos enseña que Dios ha dado leyes al hombre, y que no se las ha dado á los brutos. «Si obras bien, ¿no recibirás el premio? Si haces mal, ¿no pecado se levantará contra ti.» Le ha dado pues el testimonio de la conciencia por juez. Esto sería nulo, si nuestras acciones procediesen de una fatalidad á la que no fuésemos libres de resistir. Dios sólo sería la causa de nuestras acciones buenas ó malas, y á él solo se le imputarían. De modo que la Escritura nos prohíbe atribuir á Dios nuestros crímenes,

porque ha dejado al hombre el poder de dirigirse, y elegir entre el bien y el mal. *Ecl.*, xv, 11. ¿Puede haber elección donde no hay libertad? Moisés, al dar á los israelitas las leyes de parte de Dios, les manifiesta que son dueños para escoger el bien ó el mal, la vida ó la muerte. *Deut.*, xxx, 19, etc.

4.º El sentimiento interior, que es el grado superior de evidencia, reclama altamente contra los sofismas de los *fatalistas*. Conocemos perfectamente la diferencia que hay entre nuestras acciones necesarias é indeliberadas, que provienen de la disposición física de nuestros órganos y de las que no somos dueños, de las acciones que ejecutamos con un motivo reflexionado, con elección y plena libertad. Nunca hemos pensado que las primeras fuesen moralmente buenas ó malas, dignas de alabanza ó vituperio, de premio ó de castigo. Aunque todo el género humano nos condenase por una acción que no hemos podido evitar, nuestra conciencia nos absolvería, tomando á Dios por testigo de nuestra inocencia, y no tendríamos ningún remordimiento. El criminal mas endurecido nunca se ha valido para desear sus crímenes de una pretendida *fatalidad*, y ningún juez ha sido tan insensato que lo excusase por esto. Oponer á este sentimiento íntimo, universal é irrecusable razonamientos abstractos y sutilezas metafísicas, es el delirio de la razón y de la filosofía.

5.º Desde hace mas de dos mil años que los estoicos y sus copistas argumentan sobre la *fatalidad*; ¿han abogado en los hombres el sentimiento de creencia y de libertad? Ellos mismos contradicen con su conducta la doctrina establecida en sus escritos; como todos los demás hombres distinguen las acciones libres de las necesarias, el crimen de la desgracia. Si solo fuesen absurdos sus principios, podríamos excusarlos; pero tienden á sofocar los remordimientos del crimen, á confirmar á los malvados en su perversidad, á quitar todo el mérito á la virtud, á desear á los hombres de bien; este es un atentado contra las leyes y contra el interés general de la sociedad, y hay derecho para castigarlo.

Lo absurdo de las respuestas que los *fatalistas* dan á las demostraciones que se les oponen todavía hacen conocer mejor la solidez de ellas.

Dicen: todo proviene de una causa; cada una de nuestras acciones tiene pues una causa; y hay una conexión necesaria entre la causa y su efecto. Juego de palabras. La

causa física de nuestro querer es la facultad activa que la produce; el alma humana, principio activo, se determina ella misma, y si fuera movida por alguna otra causa, sería puramente pasiva, y sería necesario remontarse de causa en causa hasta el infinito. La causa moral de nuestras acciones es el motivo por que obramos; pero es falso que entre una causa moral y su efecto, entre un motivo y nuestra acción haya una conexión necesaria; ningún motivo es invencible, ni necesaria; el poder de deliberar y determinarnos. Si se dice que un motivo nos mueve, nos obliga, nos determina, nos hace obrar, etc., es un abuso de las palabras que nada prueba: hablando de las almas, nos vemos precisados á valernos de expresiones que rigorosamente no convienen mas que á los cuerpos.

Segun los *fatalistas*, para que una acción sea moralmente buena ó mala, basta que cause bien ó mal en nosotros ó en nuestros semejantes; cualquier acción, ya libre ó necesaria, que es perjudicial, debe causar remordimientos, y es digna de vituperio ó de castigo. Principio falso á todas luces. La intención y no el efecto es la que hace á una acción moralmente buena ó mala. Un asesinato involuntario, imperisto, indeliberado es un caso fortuito, una desgracia, y no un crimen; puede causar sentimiento y aflicción, como cualquier otra desgracia; pero no producir remordimientos, ni merecer vituperio, ni castigo. De este modo piensan todos los hombres.

Sin embargo, persisten los *fatalistas* en sostener que sin tener consideración á la libertad ó á la *fatalidad*, se debe castigar á todos los malhechores, ya para librar de ellos á la sociedad, como se verifica con respecto á los rabiosos y apesadados, ya para que sirvan de ejemplo. Luego el ejemplo, dicen, puede influir sobre los hombres, aunque obran necesariamente; cuando el crimen ha sido fortuito é involuntario, el ejemplo del castigo para nada servirá; pero algunas veces se comprende á los niños, aunque inocentes, en el castigo de sus padres, para hacer el ejemplo mas palpable.

No es fácil referir todos las consecuencias absurdas de esta doctrina. Se deduce: 1.º Que cuando á un apesadado se le expone á la muerte para evitar el contagio, esto es un castigo. 2.º Que si el castigo de un crimen involuntario pudiese servir de ejemplo, sería bueno. 3.º Que el que ha obrado mal, creyendo y queriendo obrar bien, es tan culpable como el criminal voluntario, porque ha causado un

daño igual á la sociedad. 4.º Que la pena de muerte es injusta, puesto que se puede preservar del peligro á la sociedad, encerrando á los criminales; el ejemplo de esta sería mas continuo y palpable. 5.º Que Dios no puede castigar á los malvados en la otra vida, porque su suplicio no sirve para purgar á la sociedad ni dar ejemplo, puesto que no vemos los tormentos; que Dios tampoco puede castigarlos, aun en esta vida, á menos que no declare que sus padecimientos son la pena de sus crímenes, y no la prueba de su virtud. 6.º En fin, ¿en qué pueblos, sino en los bárbaros, se castiga á los niños inocentes? En todas partes experimentan la pena infligida á sus padres; pero esta es una desgracia inevitable y no un castigo.

Al sentimiento interior de nuestra libertad, responden los *fatalistas* que nos creemos libres, porque ignoramos las causas de nuestras determinaciones y los motivos secretos de nuestro querer. Pero si las causas de nuestras acciones son imperceptibles y desconocidas, ¿quién se las ha revelado á nuestros *fatalistas*? Nosotros distinguimos perfectamente las causas físicas de nuestros deseos involuntarios, como el hambre, la sed, un movimiento convulsivo, etc., de la causa moral de nuestras acciones libres y deliberadas. En cuanto á las primeras no obramos, padecemos; en las segundas somos activos, nos determinamos, y conocemos perfectamente que somos dueños de ceder ó resistir el motivo por que obramos. En este punto, el mas profundo metafísico no sabe mas que un ignorante grosero.

Cuando representamos á los *fatalistas* que las leyes, las amenazas, los elogios, las recompensas, el ejemplo serían inútiles á los hombres, si estuviesen necesariamente determinados en todas las acciones: al contrario, replican, á agentes necesarios es preciso causas necesarias, y si no los determinasen necesariamente, serían inútiles; se castiga con buen éxito á los animales, á los niños, á los imbeciles y á los furiosos, aunque no sean libres.

Nos parece que un agente necesario es una contradicción. En nuestras acciones necesarias, hablando con propiedad, no somos activos ni pasivos; la voluntad no tiene parte en las acciones, en los movimientos que sobrevienen durante el sueño, en el delirio, en una agitación convulsiva; estas no son acciones humanas. Un motivo debe ser inútil desde que nos determina necesariamente; es tambien imposible concebir ninguna conexión necesaria entre un motivo que no es mas que

una idea, ó un querer. Deliberamos sobre nuestros motivos; luego no nos arrastran necesariamente.

El ejemplo de los animales nada prueba, puesto que nos es desconocido el resorte secreto de sus acciones; pero nosotros tenemos el sentimiento interior de los motivos por que obramos, y del poder que tenemos para asentir á ellos ó para resistirlos. En cuanto á los niños, los imbeciles y los furiosos, ó tienen una libertad imperfecta, ó no tienen ninguna: en el primer caso, las amenazas, los castigos, etc. son tambien con respecto á ellos un motivo ó una causa moral; en el segundo, el castigo solo puede obrar físicamente sobre su organización y determinarlos necesariamente; pero defendemos que en este caso no tienen el sentimiento interior de su libertad como lo tenemos nosotros.

Los *fatalistas*, lejos de convenir en los perniciosos efectos de su doctrina, sostienen que inspira al filósofo modestia y desconfianza en sus virtudes, indulgencia y tolerancia para con los vicios de los demás. Desgraciadamente el tono de sus escritos no demuestra ni indulgencia ni tolerancia; pero dejemos á un lado esta inconsecuencia. Si el *fatalismo* nos impide prevalernos de nuestras virtudes, nos prohíbe tambien avergonzarnos y arrepentirnos de nuestros crímenes; nos dispensa de apreciar á los hombres virtuosos, de tener reconocimiento á nuestros bienhechores; podemos compadecer á los criminales como hombres desgraciados de la naturaleza, pero no nos es permitido detestarlos, ni vituperarlos, y mucho menos castigarlos. ¡Detestable moral destructora de la sociedad, y que debe cubrir de oprobio á los filósofos de nuestro siglo!

Ellos mismos nos han dado armas para combatirlos, sus propias confesiones bastan para confundirlos. Unos han convenido en que, segun el sistema del *fatalismo*, habria contradicción en que las cosas sucediesen de otro modo que suceden; otros en que á pesar de todos los razonamientos filosóficos, los hombres obrarán siempre como si fuesen libres, y estarán persuadidos de ello. Estos han confesado que es peligroso proponer la doctrina de la *fatalidad* á los que tienen malas inclinaciones, que no se debe predicar sino á los hombres de bien; aquellos, que sin libertad no puede haber mérito ni demérito. Algunos convinieron en que, negando la libertad, se hacia á Dios autor del pecado, y de la fealdad moral de las acciones humanas; muchos han sostenido que un Dios justo no puede castigar las acciones necesarias:

los hombres tienen mas derecho que Dios?

Si fuese menos importante el dogma de la libertad humana, no se empeñarian tanto los filósofos en destruirle; pero trae una serie de consecuencias fatales á la incredulidad. Mima al materialismo por la raíz; una vez demostrado, queda establecida toda la cadena de verdades fundamentales de la religion. Efectivamente, puesto que el hombre es libre, su alma es espiritual, la materia es esencialmente incapaz de espontaneidad y libertad; si el alma es inmortal, es naturalmente inmortal; y un alma espiritual, libre, inmortal, no puede tener por autor sino á Dios, no ha podido empezar á existir sino por creacion. El hombre nacido libre es un agente moral capaz de vicio y de virtud; le son necesarias leyes para dirigirse, conciencia para gustarse, religion para consolarse, penas y recompensas futuras para reprimirse ó animarse; otra vida está, pues, reservada á alma virtuosa, muchas veces afligida y doliente sobre la tierra. No es, pues, en vano que suponemos en Dios la providencia, la sabiduría, la santidad, la bondad, la justicia; sobre estos augustos atributos gira el destino de nuestra alma. El plan de la religion trazado en nuestros libros santos es el único verdadero, el único de acuerdo consigo mismo, con la naturaleza de Dios y con la del hombre; la filosofía que se atreve á combatirlo, no merece mas que horror y desprecio.

Muchos críticos protestantes han querido persuadir que los antiguos filósofos y los herejes, que admitieron la *fatalidad* ó la necesidad de todas las cosas, no lo llevaron tan al exceso como se cree comunmente, y que se interpreta mal el sentido de sus expresiones. Probablemente fué la causa de excusar á Lutero, á Calvino y demás rigidos predestinados que resucitaron el dogma de la *fatalidad*. Sea de esto lo que quiera, bueno es examinar sus razones.

Segun el traductor de la *Historia eclesiástica de Mosheim*, t. 1, nota, p. 33, por destino entendian solamente el plan de gobierno que al principio formó el Ser Supremo, y del que jamas puede separarse moralmente hablando; cuando dicen que Júpiter está sujeto al destino inmutable, no quieren decir mas sino que está sometido á la sabiduría de sus consejos, y que obra siempre de un modo conforme á sus divinas perfecciones. La prueba de esto se halla en un célebre pasaje de Séneca, l. de *Provid.*, c. 5, en el que dice este filósofo: « El mismo Júpiter, creador y gobernador del universo, escribió los destinos, y los sigue; mandó una vez, y ya no hizo mas que obedecer.»

Pero un sabio académico, que ha hecho un estudio particular de la antigua filosofía, ha demostrado que este pomposo lenguaje de los estóicos no es mas que un abuso de las palabras, el que afectaron para enjaenar al vulgo. Segun los principios del estoicismo, Júpiter ó el alma del mundo escribió sus leyes, pero dictándolas el destino, es decir, una causa de la que no es dueño, y que á él mismo lo arrastra en sus revoluciones. *Mem. de la Acad. de las Inscrip.*, t. 37, en 12.^a, p. 206. Escribiéndolas, obediencia mas bien que mandaba, puesto que, segun los estóicos, esta necesidad universal sujeta á los dioses lo mismo que á los hombres. En esta hipótesis, si Júpiter es el creador del mundo, no ha sido dueño de arreglarlo de diferente modo que lo está. No se concibe en qué sentido gobierna, siendo el mismo gobernado por la ley irrevocable del destino, ni en qué consiste la pretendida *sabiduría* de sus consejos. Donde reina la necesidad, no puede haber ni sabiduría ni locura, puesto que no hay eleccion ni deliberacion. Es, pues, un absurdo el atribuir *perfecciones divinas* á un ser cuya naturaleza no es mejor que no tuviese inteligencian voluntad. Así los episcopales y los académicos que han disputado contra los estóicos no han conocido su palabreria.

Por otro lado, Beausobre pretende que ninguno de los antiguos filósofos, ni aun ninguno secta de herejes han supuesto que la voluntad humana está sujeta á ninguna potencia extraña. *Hist. del Manig.*, t. 2, l. 7, c. 1, § 7. Si entiende que ninguna secta se ha arrojado á asegurarlo positivamente, puede que tenga razon; pero si quiere decir que ninguna ha establecido principios de los que se deduzca evidentemente este error, ó se engaña, ó nos quiere engañar. En efecto, segun la observacion del sabio que hemos citado, el mayor número de los que sostenian la *fatalidad* creian, que todas las imperfecciones y males de este mundo y el mismo destino provenian de la naturaleza eterna de la materia cuyas imperfecciones no habia podido Dios corregir. Tambien la mayor parte de los herejes atribuian los vicios y los defectos del hombre á las inclinaciones viciosas del cuerpo, ó de la porcion de materia á que está unida el alma. De modo que si el mismo Dios no ha podido corregir los defectos de la materia, ¿cómo podría el alma reformar las inclinaciones viciosas del cuerpo, ó resistirlas? En esta hipótesis es evidente que las acciones malas del hombre no son libres, en consecuencia no habria injusticia en castigarlas.

No es este el lugar de refutar las falsas ideas que ha dado Beausobre de la libertad.

ni de explicar en qué consiste la necesidad impuesta por la concupiscencia, de la que habló S. Pablo, y de demostrar la diferencia esencial que hay entre el sentir de san Agustín y el de los maniqueos. Lo haremos en la palabra *LIBERTAD*.

FE. PERSUASION. creencia, confianza, tal es el sentido de la palabra latina *fides*, y de la griega, πίστις. Creer á alguno es fiarse de él; creer en su palabra cuando afirma alguna cosa, es persuasion; creer sus promesas, es confianza; creer que se debe hacer lo que manda y hacerlo en efecto, es obediencia. Puesto que Dios es la misma verdad, que no puede engañarse ni engañarnos, ni faltar á sus promesas, ni imponernos una ley injusta, claro es que el motivo de nuestra fe es la soberana veracidad de Dios, y que le debemos este homenaje cuando se digna revelarnos lo que debemos creer, esperar y practicar.

Aunque se distinguen estas tres cosas para mayor exactitud en el estilo teológico, la palabra fe en la Sagrada Escritura encierra muchas veces las tres, y solo en este sentido la fe nos justifica y nos hace santos y agradables á Dios. Cuando dice S. Pablo que Abraham creyó en Dios, y que su fe le fué imputada á justicia, esta fe no fué solo una simple persuasion, sino tambien una entera confianza en las promesas de Dios, y una obediencia perfecta á sus órdenes; y en este mismo sentido es en el que hace el Apóstol el elogio de la fe de los justos de la antigua ley. *Hebr.*, c. 11.

Frecuentemente entiende el Apóstol por la fe el objeto de nuestras creencias, las verdades que debemos creer. Así dice *evangelizar ó predicar la fe*, obedecer á la fe, renegar de la fe, etc.; es decir, de la doctrina de Jesucristo. En el mismo sentido llamamos *profesion de fe* á la confesion de las verdades que creemos; decimos tal artículo de fe, etc.

En fin, *Rom.*, xiv, 23, S. Pablo llamó á la fe el dictamen de la conciencia, el juicio que formamos sobre la bondad ó malicia de una accion; dice que *todo lo que no emana de la fe*, ó no está conforme con este juicio, es un pecado. Los que de esto han deducido que todas las acciones de los infieles son pecados, han abusado groseramente de este pasaje.

La fe, pues, es un deber, puesto que Dios la prescribe; y dignándose instruirnos, no puede dispensarnos de creer. Es una gracia y un don de Dios, porque se revela al que quiere, y solo él puede inspirarnos docilidad á su palabra. Es tambien una virtud, pues que hay mérito en creer, como en breve lo

probaremos. Definida la teologia una *virtud teologal*, por la que creemos todo lo que Dios nos ha revelado, porque él es la misma verdad. La llaman *virtud teologal*, porque tiene á Dios por objeto inmediato, y una de sus divinas perfecciones por motivo.

Distinguen los teólogos diferentes especies de fe. 1.^a La fe actual y la fe habitual. Cuando un cristiano hace un acto de fe, recita el simbolo, confiesa su creencia, tiene la fe actual; si no piensa en ella, pero por eso no deja de estar en disposicion de creer y de renovar, segun la necesidad, los actos de fe, tiene la fe habitual ó el hábito de la fe, y la conserva mientras no comete un acto positivo de infidelidad ó incredulidad.

2.^a Enséñase comunmente que por el bautismo da Dios á un niño la fe habitual, y llaman á este don *fe habitual infusa*. Aun cuando no pudiéramos explicar con claridad en lo que consiste, no se seguiria que es una cualidad oculta, una quimera, un entusiasmo, como pretenden los incredulos. Los teólogos dicen que es una disposicion del alma á creer todas las verdades reveladas. Un adulto que con frecuencia haya repetido los actos de fe adquiere una nueva facilidad de creer, y esta disposicion es llamada *fe habitual adquirida*.

3.^a Llámase *fe implicita* á la creencia de las consecuencias de un artículo de fe, aunque no se comprendan claramente; por eso un fiel que cree que Jesucristo es Dios y hombre, cree *implicitamente* que tiene dos naturalezas y dos voluntades, porque la segunda verdad está contenida en la primera. El simple fiel que cree en la autoridad infalible de la Iglesia, y que está en disposicion de creer todas las verdades que le enseña, cree *implicitamente* todas estas verdades; las creará *explicitamente* cuando las conozca bien, y las profese con palabras terminantes.

Es una opinion general entre los católicos que hay cierto número de verdades que todo fiel está obligado á conocer y á creer *explicitamente* bajo la pena de condenacion, y se llaman artículos *fundamentales*. Véase esta palabra.

4.^a S. Pablo llama *fe viva* á la que obra con la caridad, y se prueba con la exacta observancia de la ley de Dios por el fiel: Santiago llama *fe muerta* á la que nada hace, y no se demuestra con las obras.

5.^a Los teólogos escolásticos llaman *fe formada* á la que está acompañada de la gracia santificante, y *fe informe* á la del cristiano que está en pecado.

Despues de exponer los diversos sentidos